

Chismes de la selva.

Ella, Yasí, la luna era muy chismosa. Tanto que aún hoy la podemos ver hacerse invisible en el cielo, durante el día, buscando historias para contar. Entre sus anécdotas hay una que es su favorita.

Comentó que cuando eran gurisadas el Pomberito (duende protector de la selva misionera) y Araí (la nube) paseaban por la selva y ésta practicaba sus trucos, hacía arcoíris en las orejas o en la nariz del Pomberito, y de vez en cuando le mojaba los pantalones, justo ahí donde imaginamos. La idea era que el duende se amargara. Y éste siempre buscaba la forma de vengarse, asustándola. ¡Cuántas macanas hacían juntos!

Conocían cada rincón del monte como la palma de su mano. Se peleaban hasta en la hora de comer, quién comió más tortas fritas o reviro, quién preparaba los mejores mates. Aunque en esto ella le dejaba la tarea a él con la excusa de que los suyos eran los más ricos.

No obstante, también, habían cosas por las que se unían: espantaban a los niños que querían atrapar, pajaritos o crías de animales, tirándoles barro, y logrando alejarlos. Con los cazadores eran más rudos: los engañaban para que se pierdan y les hacían creer que el monte estaba embrujado, al punto de que aquellos no se animaban a regresar jamás.

Ante cualquier inconveniente familiar, Araí corría hacia la casa de su “amigo”. Sabía que a él siempre lo encontraría con una gran sonrisa. Por eso, ella intervenía en los pleitos que éste tenía con su competencia, el amarillento Yasí Yateré, como lo llamaban juntos. Pombreo y Yasí eran enemigos acérrimos. Aunque se peleaban por pavadas: por las bolitas, por qué chamamé era más lindo, y competían por todo.

Cierto día Pomberito y Araí conversaban sobre sus destinos. Ella rezongaba porque sabía que no le quedaba otra que el cielo. Y él feliz de la vida, porque en el reparto a él le correspondía la tierra.

Con el correr de los años, llegó un día que tuvieron que separarse. La selva se entristeció y todo parecía más silencioso.

Pombero, desde abajo, la seguía para llamar su atención. Algunos le decían que ahora ella era amiga de la luna, era una creída. Él persistía, hasta que un día se dio por vencido.

-¡Creí que éramos felices juntos, pero se ve que a ella n le importó!- Y lloraba, desconsoladamente, por su amiga.

Un niño guaraní, que se había enterado el chisme, a través de Yasí, se acercó un día y le aconsejó:

-¡Deja de llorar! Tu función es cuidar el monte, reaccioná.-

Y para comenzar a caminar, Pomberito se preparó un mate. Sin querer se dio cuenta que a su alrededor volaban distintas aves: un picaflor pequeñito, un buitre muy catigudo, un gavilán muy despistado. Pero ningún pájaro parecía haber sido encomendado por Araí. Fue sólo una ilusión para él.

Entonces decidió pedirle ayuda al no tan querido amarillento. Esperó la hora de la siesta, y comenzó a silbar para llamarlo. Yasí le contestó con un penetrante silbido que le hizo erizar el cuero, y casi salir corriendo.

-¿Qué querés? ¿Por qué andás molestando?

- Necesito que me ayudes, no sé cómo hacer para volver a ver a mi amiga-. Exclamó Pomberito.

-¿Y qué podrías darme vos que aún yo no tenga?-.

Pensativo y molesto el duende casi renuncia. Al instante el Yasí se transformó en el ave más hermosa que podamos imaginar. Voló hacia lo más alto del cielo. Ella los vio, pero los ignoró.

Entonces el pájaro habló con la luna, y ésta reveló que Araí también pensaba que su amigo la había dejado de querer. Entonces los reunió a los dos y les sugirió trucos para que puedan verse a menudo.

Ambos debían hacer felices a la selva, entonces la nube debía bajar en forma de agua a ver a su amigo cada tanto. De esa manera refrescaba a todos, inclusive a Pombero, quien a partir de sus encuentros se revitalizaba y era el mejor protector de los animales y plantas. Y todos los días éstos eran bendecidos, ya sea en forma de neblina, lluvia o cerrazón.

Fin.